

de palabras es en poesía auténtica ley. Tomás Ramos Orea, autor de la traducción de la «Antología de poemas ingleses románticos en español» (Queen's University, Kingston), discute sobre el tema en una nota preliminar, sosteniendo que la versión de un poema a otra lengua debe ser otro poema, contra todos aquellos que se deciden por la traducción en prosa. Su «Antología» responde a este método. En nuestra opinión, lo más legítimo y menos traicionero en punto a esta cuestión consiste en reproducir el poema en un idioma original junto con la traducción no elaborada, puesto que resultaría vano el intento de recoger en otra lengua los valores formales del mismo. Ramos Orea cree, sin embargo, que aun cuando la transmisión no pueda ser exacta conviene ensayar el mayor acercamiento posible a la perfección.

La versión de los poemas reunidos por Ramos Orea es buena y su labor antológica interesante. Nosotros pondríamos, no obstante, en tela de juicio dos aspectos del resultado de su trabajo. Primero, la reunión, con el denominador común de «románticos», de poemas de Burns y de Yeats, de Lawrence y de Dylan Thomas, de Byron y de Spender. Lo menos que podemos decir es que Ramos fuerza excesivamente la calificación y se instala al margen de la historia literaria para aplicarla en abstracto. Segundo, la representación cuantitativa de cada poeta no corresponde a la valoración de su calidad. Figuran en la «Antología» un poema de Shelley, dos de Thomas, uno de Walter Scott, dos de Yeats, uno de Tennyson, mientras que de Laurice Lee podemos leer nada menos que diecinueve, y de Stubbs, once. Se echa en falta el equilibrio selectivo.

De todos modos, ha sido útil la labor de Ramos Orea al poner en manos del lector interesado esta muestra de la poesía inglesa, tan escasamente conocida entre nosotros. Al fin y al cabo, el propio autor reconoce, en una advertencia inicial, el carácter caprichoso de su selección. ■ E. G. R.

## EX DELINCUENTES Y ESCRITORES

Hay bastantes casos de escritores que, en su día, estuvieron en las cárceles. Es una tradición que a nadie debiera chocar, y en cuyo apoyo cabría citar una serie innumerable de nombres. La opinión pública establece, sin embargo, una clara discriminación entre los que fueron encarcelados por «razones políticas» y quienes lo fueron por «delitos comunes». De un modo inquietantemente natural, subvirtiendo las ideas que rigen en otros casos, a mucha gente le parece lógico que el escritor haya estado en la cárcel por sus ideas, mientras se escandaliza ante el hecho de que haya sido encerrado por sus delitos, pongamos por caso, contra la propiedad privada.

Lo cierto es que nadie anda repitiendo, por citar un ejemplo, que Antonio Buero estuvo en la cárcel. Esas son cosas liquidadas al mismo día que el escritor consigue su libertad. En cambio, la llegada de «Papillon», como antes la de Jean Genet, moviliza los más significativos fijaciones: todo el mundo parece esperar que la policía irrumpiera de un momento a otro y se lleve al temible delincuente. A «Papillon», por ejemplo, lo han presentado por TVE poco menos que como un ladrón en activo; incluso el locutor le preguntó cómo era posible que transitase por Francia habiéndose escapado hace años de uno de sus penales. El novelista, civilizadamente, contestó que su evasión había tenido lugar había más de veinticinco años y que sus delitos habían prescrito. Establecido en Latinoamérica desde su evasión, era un hombre pacífico que había encontrado en la literatura el modo de explicar sus viejas aventuras y de conseguir importantes ingresos económicos.

Con Jean Genet ocurrió algo semejante. Todas sus opiniones agresivas o disconformes solieron ser encuadradas dentro de una biografía «al margen de la ley». De Genet, por el hecho de haber sido ladrón y haber estado en la cárcel, «podía esperarse todo», y su análisis crítico de la realidad era una simple consecuencia de una «condición natural» de carácter permanente. Era, en suma, un «tipo raro», y sus juicios contra lo establecido tendían a ser tomados como algo pintoresco, casi como una «jerga», antes que como una manifestación intelectual libre.

En definitiva, el que un ex delincuente sepa



«Papillon».

escribir, y escriba bien, sigue siendo para muchos algo chocante. Recordemos el efecto, el estupeor que produjera Chessman en su tiempo, y cómo consiguiera, gracias a este estupeor, ir ganando años al aplazamiento de su ejecución en una cámara de gas. Escribir pertenece a un grupo socialmente elevado. Escribir bien presupone una educación, una trayectoria social a la que se supone, con razón, radicalmente ajena la abrumadora mayoría de los delincuentes. De ahí el justificado estupeor ante la contradicción del delincuente, o el ex delincuente escritor. Una regla de la opresión social parece rota, y la opinión pública, inconscientemente, intenta salvar la derrota: si partimos de la base de que un delincuente no puede ser escritor, es evidente que, en los casos excepcionales en que así ocurra, podremos neutralizar el hecho recordando a cada momento que el escritor en cuestión fue antes delincuente, y que, por tanto, debe ser examinado como una «curiosidad».

Genet participó no hace mucho, con varios centenares de personas y otros escritores —entre ellos estaba Jean Paul Sartre— en la ocupación del domicilio de la organización patronal de París. La manifestación nació de la voluntad de protestar por la muerte de cinco obreros negros, alojados en malas condiciones. La prensa de la derecha, naturalmente, condenó el hecho y procuró ironizar sobre la presencia de Genet entre los manifestantes. ¿Qué podía decir un ex delincuente? ¿Qué derecho tenía él a protestar por las condiciones de vida de unos obreros negros?

Dejemos a un lado el hecho de que quizá los hombres como «Papillon» o Genet, de humildísimo origen, e infancia injustamente difícil, son los que, una vez «consiguen el éxito», están en mejores condiciones para testimoniar sobre lo que la inmensa multitud de hombres de clase media ignora. Lo importante, a niveles «culturales», es la fomentada impotencia de amplios sectores sociales para no ver en los ex delincuentes escritores a destacados testigos de nuestro tiempo, abiertos, por otra parte, a un futuro personal siempre por hacer, sino a tipos curules «marcadas» para siempre por la estancia en celdas o reformatorias. ■ J. M.

## Treinta mil pesetas por un hombre

Otro libro de Francisco Candel («Treinta mil pesetas por un hombre», Editorial Alfaguara), del cual se han tirado nada menos que diez mil ejemplares. Alcanzar esta cifra con una breve colección de narraciones cortas resulta inusitado en este país. Hay que reconocer que Candel cuenta con un público adicto muy numeroso y seguro. Y, sin embargo, su técnica no ha variado, su procedimiento habitual tiene su raíz en el más viejo naturalismo. Claro que sus temas son de hoy, los suburbios de Barcelona, en su situación actual, el escenario



de los conflictos que recoge, y el enfrentamiento a los problemas elegidos, audaz y resuelto, de cierta ironía. Todo esto explica la larga difusión que alcanzan sus obras, sean cuentos, novelas o simples reportajes. Ya se sabe cómo es el lenguaje de Candel: popular, desenvuelto, y su estilo, ágil, directo, incisivo. La amplitud de su audiencia está justificada, aunque Candel se mantenga en sus trece en cuanto a la naturaleza, un tanto primitiva, de sus procedimientos narrativos.